

Documento Primer volumen dedicado a una de las facetas más estimulantes de la vida pública de Barcelona: los cafés como centro social y motor del devenir de la ciudad desde 1750 hasta 1880. Una obra rigurosa y profusamente ilustrada

Paco Villar recupera todos los cafés barceloneses

Paco Villar
La ciudad de los cafés / La ciutat dels cafés.
Barcelona
1750-1880
Traducción al catalán de Marta Marfany

LA CAMPANA
428 / 420 PÁGINAS
30 EUROS

LLUÍS PERMANYER

Los cafés han contribuido a modelar la personalidad y el talante de los europeos. Barcelona ha sido una ciudad de cafés, y desde antiguo: muchos, algunos gigantescos y no pocos enriquecidos bajo el signo creativo y lujoso del modernismo. Pese a ello, nadie se había puesto a historiar con un mínimo de rigor este mundo tan nuestro. Ciertamente había algún que otro libro, verbigracia los dos volúmenes de Tomás Caballé i Clos, una serie de artículos del historiador Carreras i Candi, un buen número de páginas en la monumental *Visions barcelonines* de Curet; y, por supuesto, todo un sinfín de inefables vivencias o referencias anecdóticas en autores como Passarell, Verdaguer, *Cabañas Guevara*, *Sempronio*, Gasch, Espinàs...

Faltaba quien tomara el toro por los cuernos y trabajara un tema agradecido, aunque muy difícil, puesto que suele dejar poco rastro documental. Cuando se suceden las generaciones, resulta ya harto complejo dar con información fidedigna sobre el tiempo discurrido.

Paco Villar, de valor probado, ha tenido la valentía de investigar sobre esta parcela tan esencial en

la configuración de la Barcelona relativamente reciente. Y ha logrado no sólo no romperse la crisma, sino incluso salir algo más que airoso de tamaño desafío.

Todo arranca con el café Caponata, en 1750. Tenía que ser en la Rambla y tenía que ser un italiano. Y es que la Rambla ha sido el núcleo en el que se arracimó un mayor número de estos establecimientos, no sólo en sus comienzos, sino que echaron buenas raíces a través del tiempo; y es que los italianos estuvieron en el origen de la mayoría de cafés, restaurantes y fondas.

A partir de aquel momento comienza un desfile imponente de cafés, en los que, a diferencia, ¡ay!, de nuestros días, en cada uno de ellos mandaba algo básico: la personalidad. No había dos iguales: tal era la riqueza de este fundamental sector ciudadano. La variación, por supuesto, podía ser motivada por la decoración, aunque otros valores añadidos le otorgaban su aquel: la seducción del dueño, unos buenos billares, la condición de cantante, la bondad del café y de otras tentaciones para el paladar, la clientela, ser punto de reunión o de conspiradores. El autor nos proporciona al respecto nutrida información.

Trabajo de codos

Desde que Paco Villar terminó en 1996 su celebrado estudio sobre el barrio chino, editado también por La Campana, no ha cesado de investigar sobre los cafés. Cada mañana la ha consumido en los archivos, en pos de datos certeros y olvidados. Trabajo muy duro, aunque gratificante: de pronto aparece un hallazgo que compensa la travesía del desierto; y el rastreador de archivos experimenta un vuelco de corazón semejante al del cazador ante la aparición inopinada de una gran pieza.

En cada uno de ellos mandaba algo básico: la personalidad; no había dos establecimientos iguales

Acierta en la opción de transcribir textos de época, lo que contribuye a transmitir con eficacia el perfume de otrora.

Cada época ha merecido sus cafés. Y conste que no me refiero a sus usos y costumbres, como el *abocador*, el recado de escribir, el chorrillo de ron, las salas de juegos, la moda del jardín, la *escalafeta* y demás, que sin duda contribuye a singularizar amplios periodos. O incluso alguna jornada particular, como la disparatada del Carnestoltes.

Me refiero al café como mentidero y territorio propicio para acoger un determinado grupo de ciudadanos a los que mueve una determinada ideología, sea o no política; puesto que, pongo por caso, los masones cultivaban estos cenáculos. Ni que decir tiene que en ciertos momentos se convertían en puntos de reunión de gente politizada e incluso conspiradores. El XIX ha sido particularmente prolífico en los *ricorsi*, aunque invasiones como la napoleónica también inducían a los encuentros, que pasaban así más inadvertidos que en las casas, siempre que se guardara el consabido disimulo. Este es quizá el aspecto en el que más ha hecho hincapié Villar, a menudo en digresiones históricas algo excesivas, como también las urbanísticas.

Los más suntuosos de España

De las páginas nutridas emerge el estilo de café propio que marcó cada época, con sus peculiaridades locales, que a menudo son impagables. Baste evocar el café cantante.

El autor nos cuenta todo lo que ha podido rescatar de cada establecimiento y de sus dueños, pero además aporta toda suerte de información relacionada directamente o no con el tema, verbigracia el nacimiento de las cerillas, aquellos *pinxos* achulados, el juego a los prohibidos, asesinatos y trifulcas, prostitución, toda suerte de espectáculos casi circenses, las consumiciones más en boga. Y al propio tiempo asistimos a la deriva física, como la irresistible atracción que ejerce el novísimo paseo de Gràcia, con unos formidables jardines que durante la implacable canícula no tenían competencia posible en la ciudad histórica, ni siquiera en la formidable Rambla.

En la segunda edición, que la tendrá y pronto, sería muy de agradecer un índice de nombres.

Gracias a Paco Villar podemos ahora gozar, ni que sea virtualmente (más de doscientas ilustraciones también contribuyen a ello), del rico, estimulante y seductor paisaje de cafés que enriquecieron Barcelona. Y no exagero: Hans Christian Andersen sentenció que eran no sólo los más suntuosos de España, sino que incluso superaban a los de París. Y nos quedamos a la espera de la continuación: 1881 en adelante. Me consta que la tiene hilvanada. ¡Ánimo! |



01 Cartel del Hostal de Cabrera (1801) en la calle del Rec

02 Felicitación navideña del Café del Liceo, en la Rambla



03 Sala de juego. Dibujo de E. Planas publicado en 'Barcelona y sus misterios' de Antonio Altadill (1860)

LA CAMPANA



03